

+

G.XX

92



Sevilla 19. Octubre de 1963

Sr. D. Guillermo Fernandez
Madrid

Muy Sr. mio: Sus palabras esperanzadoras a través de Radio Intercontinental del pasado viernes, han hecho que yo me tome la libertad de dirigirme a Ud. en la seguridad de que sabrá comprenderme y me perdonará esta molestia que pueda ocasionarle mi carta. Hace tiempo que tengo deseo de publicar un libro de poesías. Desgraciadamente aquí en Sevilla no existen Editoriales y esta es la razón de que no haya podido conseguirlo. Es una inmodestia y no está bien que yo lo diga pero escritores y poetas de aquí me han felicitado y han hecho críticas elogiosas de este libro.

Me ha sido solicitado por una emisora de aquí y en los programas donde se han recitado han sido del agrado de quienes las han escuchado pues poseo cartas donde me ruegan les indique donde hacer se de mi libro. Mi única ilusión sería verlo algún día publicado, pero yo tr. no poseo medios; una fuerza de voluntad muy grande pues no le miento ni le digo que esto lo he escrito robándome horas de sueño después de una lucha diaria en mis quehaceres

atendiendo a mi esposo, mis cinco hijos y tres sobrinos que por cursar estudios aquí se hospedan en casa. En total diez personas, yo ve el tiempo de que puedo disponer maxime si no se tiene criada ni nadie que pueda ayudarme.

He escrito a algunas Editoriales y unas no me han contestado, otras lo han hecho pero decirme que no encaja en sus publicaciones y otras para hacerme una proposición muy desfavorable, o sea los gastos de edición corren de mi cuenta en un setenta y cinco por ciento, todo esto sin conocer mi libro. Cuando no se es autor reconocido creo que no hay nada que hacer; pero yo me pregunto: ¿Es que todos los autores hasta publicar su primer libro no lo son? Creo que en la vida hace falta una persona que se interese y no de una mano, de lo contrario no se llega a ninguna parte.

Mi carta no tiene otro objeto que rogarle acceda a leer mi libro, no enviandoselo ahora por no saber si tal será gustoso en leerlo, no obstante le envío esa página de una revista religiosa (Aldalid Seráfico) donde hacen crítica de él. Flor de Tepazo es el título, tal vez, porque al ser madre mi sensibilidad sea una fantasía abierta sobre tan alto ideal.

Ser madre es hacer de la vida una alegría, madre que ha visto su hogar bendecido al elegir Dios uno de mis hijos para ser sacerdote (El mayor es capuchino) No le causo más, le ruego por favor me conteste. En espera de sus noticias le saluda affe

Petronila Lavado de Domínguez

S/C Manuel Matos 18 Sevilla

Las dos alas ¿otra vez?

Pues sí, otra vez. Cuando os diga lo que me ha pasado, no os extrañará. Una cosa que yo diría no corriente, rara. Os la diré y vosotros la calificaréis como os plazca. Terminé en aquella ciudad mi ocupación evangélica y hube de regresar. Me fui a la estación y llegando el tren, me dirijí a tomarlo. En esto oigo la llamada insistente «Padre, Padre». Levanto mis ojos hacia allá y ¡oh sorpresa! los dos jóvenes esposos que con la mano y la voz insistían: «aquí, Padre, aquí». Naturalmente allí me dirijí y a los pocos momentos estábamos como la vez anterior: ellos en sus asientos y yo en el mío, frente a ellos.

«¡Oh, Padre, que feliz coincidencia! Nos asomamos a la ventanilla acordándonos de V. y que alegría nos ha dado al verlo», dice ella, y él continúa: «Nos hemos acordado de V. algunas veces y ayer fué una de ellas. Cuéntaselo tú». «Pues verá, Padre, narra ella; habíamos estado viendo un museo y yo venía cansada y me pareció que tenía frío y digo ¡qué frío hace! y me contesta el desabrido: qué frío ni mucho menos, no hace frío. Tuve la tentación de contestarle mal, pero lo pensé mejor y le dije: Tienes razón; es que estoy cansada y me ha parecido que era frío. El se echa a reír y me dice: Influencia del Padre... el primer disgusto que no llegue. Y en realidad, añadió sonriendo, es verdad que hace frío» Ganas me dieron de darle un abrazo allí en medio de la calle. Se lo merecía por bueno».

«Veo que os habéis conducido como esposos cristianos y que vuestro cariño sigue fuerte». «Yo, Padre, cada día lo siento crecer, y ella me dice lo mismo, de modo que esta ala va bien». «Y la otra, vuestra fe, vuestra piedad ¿cómo va?». «En estos días, explica ella, no hemos estado mal. Claro que Dios se merece mucho más, pero nosotros todos los días le damos gracias por habernos casado y casi todos los días hemos oído misa y recibido la Sagrada Comunión».

«Bien ha estado. Ayer fue una bagatela, una niñería, si hacía frío o no hacía frío. Otros días vendrán en que otras niñerías y cosas de más importancia intenten socavar vuestro cariño y vuestra fe. Porque estas alas que os levantan y sostienen en la verdadera felicidad matrimonial tienen su peso y teneis que aguantarlo. De lo contrario, os ocurrirá lo que al cóndor de mi fábula. Os la voy a contar porque es instructiva. Pensó el cóndor que, si él pesara menos, ganaría al águila en velocidad y altura de vuelo. Pensando, pensando, se le ocurrió a su pobre meollo que sus alas, grandes y nervudas, pesaban mucho y decidió cortarselas para, al perder peso, aventajar el vuelo del águila. Ni corto ni perezoso, fué al especialista en la materia, que le hizo la operación pronto y sin dolor, le cortó las alas tan enormes y pesadas. Entonces el iluso intentó remontar su vuelo mejor que antes, pero todo se redujo a dar unos cuantos ridículos saltitos a ras del suelo. Entonces comprendió, entre lágrimas y gemidos, que le hubiera sido mejor aguantar el peso de sus alas. Las vuestras, vuestro amor y vuestra religiosidad también tienen su peso, y a veces muy pesado. La religión tiene su decálogo que es preciso observar, sus misterios que hay que creer, urge a los casados obligaciones que parecen tocar los límites de lo heroico y hay que aceptarlas, etc. etc. El amor también tiene exigencias a veces bien duras de realizar. Ante todo la negación completa del amor propio. Egoísmo, no puede admitirse ni de lejos. La esposa sacrifica sus gustos por su esposo, acomodándose en todo a los de él. Y él cumple lo que dijiste la otra tarde con tanto entusiasmo: «Todo, todo lo sufriría yo con gusto por ella». Estas cosas y otras muchas que la experiencia os enseñará, son el peso de vuestras alas en el matrimonio; más ¡qué bien pagan la religión y el amor los sufrimientos que por ellos se soportan! ¡Cómo saben endulzarlos!, tanto que en vez de causar tristeza se convierten en íntimas y suaves alegrías. Son la causa eficaz de la verdadera felicidad conyugal, y os elevan por encima de las tristes vicisitudes de la vida y os hacen poner vuestros ojos primero en Dios para amarlo, después en vosotros para mutuamente completaros, y luego dentro de unos meses en la cunita donde sonríe para vosotros sano y hermoso, un pedacito de cielo. ¿No es esta vuestra ilusión suprema? Pues entonces, a no dejarse cegar en los momentos duros por la estúpida ceguera del cóndor, que vuestras dos alas permanezcan siempre fuertes y poderosas.

Era la estación donde subieron la otra tarde y donde ahora, después de emocionada despedida, se arrojaban alegres en brazos de sus familiares.

P. de Purchil

Flor de Regazo

Valores de intimidad en la entraña de la poesía... Sí, porque también la poesía es reflejo exacto de vivencias familiares donde fluyen, iluminados de sinceridad hogareña, los sentimientos más crudos y emotivos, cabalgando sin dificultad sobre el dorso de los versos.

«Flor de regazo». Así es precisamente el título del libro —próximo a luz— que esa madre ha sabido plasmar en el artificio de unas páginas con matices del alma. Porque Petronila Lavado, su autora, es eso una madre con alma de poeta, impermeable a los signos enrevesados, a las imágenes metafóricas, a esa rima disociada y naufragante, sin nexos apenas; pero sí su poesía es un latido de ternura, de amor y de esperanza en la paz inalterable y en el rescoldo mismo de la vida familiar.

Manojos a raudales de versos, que brotan con fluidez. Regazo —hecho flor— donde reclinar el pensamiento, tantas veces dislocado por los ruidos de la vida:

Como el más tenue rumor
que se escucha en el silencio...
como soplo de la brisa,
como sutil aleteo
de una bella mariposa...
como caricia del cielo,
como bendición de Dios
donante de este gran premio...
así brota en nuestra alma,
cual si se hiciera un injerto,
una flor. Flor de regazo,
pinpollo de invernadero,
brindándonos las delicias
inefables de amor nuevo;
de un amor puro y bendito,
florido, hermoso y eterno...

Flor de regazo. ¡Bendita
y hermosa flor! Cual espejo
donde se refleja el alma
con sus tiernos sentimientos.
Flor que llena de pureza
nació y vivió de mi cuerpo;
nutriéndose poco a poco
con la leche de mis senos

Flor de regazo ¡Qué dicha!
porque Dios escogió el huerto
de mi nada y me hizo madre.
Realidades de un ensueño...
cultivar entre ternuras
la flor del jardín ameno,

PEQUEÑECES

En un suspiro que alivia,
en una alegre sonrisa,
en llorar cuando hay tristeza,
en amar con alegría...

Son pequeñeces. Tan solo
pequeñeces escondidas,
y son —sin darle importancia—
necesarias en la vida.



HEBRAS DE PLATA

Hoy me he dado cuenta. En mis sienes
hay hebras de plata.

Me invadió la tristeza al verme vieja
y deseé arrancarlas.

Más al cabo de un rato meditando
las dejé como estaban.

¿Qué importa que mi negra cabellera
se esté tornando blanca?

La vejez exterior ya no es vejez
si sigue nueva el alma.